
Mover la estantería para que nada altere el orden de las cosas. Agitarse frenéticamente en el pogo corporativo de la inercia. Eso es lo que pasa cuando un cortabacalao — el que toma las decisiones y se supone que tiene las riendas — se niega a hacer lo único que justifica su sueldo: leer, decidir y anclar.

El guion de la decadencia está escrito con las mejores intenciones, tapizado de presupuestos millonarios y dashboards carísimos, para terminar gestionando con memes, parches y manotazos de ahogado. Las organizaciones piden a gritos un cambio estructural, pero el mercado les sigue escupiendo cotillón y parches motivacionales. El colapso ocurre en tres actos.

I. EL ANALFABETISMO DEL CONTEXTO

Tu empresa va a morir de estupidez por no leer el contexto. Afuera hay un entorno que te está dejando sin piso, con cambios tan brutales, rápidos y complejos que están apareciendo elementos que todavía no tienen nombre. Mientras el mundo se deforma, estás manejando a 120 kilómetros por hora, de noche y sin luces.

Tu gestión consiste en aferrarte al plan estratégico del ferrocarril: ponerle combustible al tren y desentenderte, total va por la vía y asumís que llega más o menos a tiempo. Te quedás cómodo en el camarote interpretando mapas completamente desactualizados. No estás dirigiendo; estás navegando sin brújula y rezando para no chocarte el iceberg que tenés adelante.

Estás lleno hasta las orejas de KPIs inútiles y dashboards que nadie mira, pero seguís ciego ante la tensión real. Tu conocimiento crítico se sigue yendo en un remís cada vez que un empleado clave se cansa y renuncia. No jugás ningún cambio de fondo porque leer la verdad duele.

II. LA PIROTECNIA DEL ACTING

Como la lectura es incorrecta, la decisión es imposible. Tu respuesta es el acting frenético: más llamadas, más reuniones, más correos. Traés un gurú para que te venda un hackeo cultural — por Dios, qué pelotudez — o te vas con el directorio al campo a reflexionar sobre la vida, para volver el lunes a la misma porquería de siempre.

Te ponés la capa de superhéroe y te tirás de la terraza con la venda puesta a medias. Para calmar el pánico de la conducción, decidís sobre lo banal: el color del logo, el formato del taller, si ponemos fruta o mesas de ping pong en el SUM, o el nuevo software de turno — ahora con IA, porque es lo que todos compran.

Hacés de todo para no mirar de frente el ropero donde guardaste las decisiones importantes, el que está con las bisagras a punto de explotarte en la cara. Gastar en transformación sin una decisión estratégica previa es el deporte más caro del mundo. No te falta técnica; te falta coraje operativo.

III. EL CALDERO HIRVIENDO

La estupidez se corona cuando no tenés dónde anclar el cambio. Andás boyando de lado a lado con el caldero hirviendo de la operación en las manos, usando para agarrarlo un par de trapos mojados que te queman hasta el hueso.

Creés que el cambio es un enunciado, una declaración de valores colgada en la recepción que no estructura ninguna decisión cotidiana cuando las papas queman. Si no sabés dónde anclar el proceso, si no le das sustentabilidad a tu gente, la desconfianza interna se acumula y la fatiga institucional te vacía la empresa por dentro. Tratar lo complejo como si fuera un trámite rápido no es pragmatismo; es la forma más rápida de fundir un negocio.

Si tu dirección no lee el barro de la operación, no decide sobre lo estructural y no ancla el saber en los procesos, el veredicto no va a ser técnico.

Va a ser crudo: tu empresa se murió de estupidez.

¿De qué lado de la mecha estás?

Entro donde el mapa dice 'dragones'.